

La república fingida. La urbanidad como salvación (Venezuela, 1870-1900)*

Tomás Straka**

Resumen:

El presente trabajo espera delinear los alcances del republicanismo venezolano del siglo XIX. Dentro del contexto de las reformas modernizadoras emprendidas por el caudillo liberal Antonio Guzmán Blanco, a partir de 1870, y por las cuales pasaría a la historia como el “Autócrata Civilizador”, se intentará un análisis de aquellos factores que impidieron su pleno despliegue, así como de la solución ensayada para paliarlos: el disimulo, la asunción de sus formas exteriores —por ejemplo la etiqueta— para al menos aparentar la modernización anhelada.

Palabras clave: historia de las ideas, hispanoamérica, modernidad, liberalismo, republicanismo.

Abstract

The following work wants to perform the reaches of the XIX the century Venezuelan republicanism. Within the context of the modern reforms launched by the liberal leader Antonio Guzmán Blanco, since 1870 and by which he will pass to the History as the “Civilizer Autocrat”, an analysis will be tried of those factors that stopped its full display, just like the rehearsed solution designed to give a solution: the cover up, the assumption of exterior forms —the formal treatment for example— in order to look the yearn modernization.

Key words: ideas history, spanish America, modernity, liberalism, republicanism.

* Este artículo se terminó en diciembre de 2008, se entregó para su evaluación en mayo de 2009 y fue aprobado en junio del mismo año.

** Profesor-Investigador del Instituto de Investigaciones Históricas “Hermann González Oropeza, s.j.”, de la Universidad Católica Andrés Bello. En la misma dirige las maestrías en Historia de Venezuela e Historia de las Américas. Doctor en Historia por la UCAB; Magíster en Historia de Venezuela Republicana, Universidad Central de Venezuela; Profesor egresado del Instituto Pedagógico de Caracas. Autor, entre otros de: *La voz de los vencidos. Ideas del partido realista de Caracas* (2000); *Hechos y gente. Historia contemporánea de Venezuela* (2001); *Un reino para este mundo. Catolicismo y republicanismo en Venezuela* (2006); *La época del desencanto. Bolívarianismo, historiografía y política* (2009). E-mail: tstraka@ucab.edu.ve.

Queremos república modelo y no conocemos bien nuestros deberes ciudadanos; hablamos de progreso y rompemos los urinarios públicos porque nos estorban; alardeamos de civilizados y armamos una bronca en cualquier sitio público...

Miguel Eduardo Pardo, 1899

Criados como parisienses, se ahogan en su país: no sabrían vivir más que en París. Son plantas exóticas en su propio suelo: lo cual es una desgracia.

José Martí, 1881

Introducción

Los hispanoamericanos que a partir de la década de 1850 se lanzan por el camino de las reformas liberales, con grados diversos de intensidad y de éxito; que sueñan con entrar en la *civilización* gracias al concurso de los capitales extranjeros; que emprenden la desclericalización de sus sociedades, restringiendo, hasta donde les fue posible, la religión al ámbito de lo privado y dándole a Dios un sentido fundamentalmente moral; que fundan modernos institutos educativos en los que —eso soñaron— habría de formarse una nueva elite, cuyas preocupaciones estuvieran regidas por la razón y por la ciencia positiva; esos hispanoamericanos fueron quienes hicieron de textos como el *Manual de urbanidad y buenas maneras* —que en 1854 publica en Caracas y Nueva York, para pronto ser reproducido en todo el continente y en España, el venezolano Manuel Antonio Carreño (1813-1874)— o como la *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* de Andrés Bello —reproducida en Caracas ya en 1850— las cartillas fundamentales de los nuevos valores que esperaban imponer.

Naturalmente, este empeño por la etiqueta y por el bien hablar no respondió, o por lo menos no fundamentalmente, a un asunto de vanidad. La *etiqueta como moral*¹ fue asumida por hispanoamericanos

y españoles de la segunda mitad del siglo XIX y de la primera del XX, como el paso previo e indispensable para que las reformas *civilizadoras* llegaran a buen suceso. Abandonar lo que el historiador José Pedro Barrán llamó la *sensibilidad bárbara*, para asumir la *civilizada*,² fue entendido como la palanca que permitiría el surgimiento de ese nuevo venezolano, colombiano o mexicano capaz de transformar a sus naciones en sociedades capitalistas, modernas, *civilizadas*. Como señala una investigadora contemporánea:

...la producción de discursos que disciplinan el deseo de una ciudadanía moderna —para el caso gramáticas y manuales de conducta— se inscriben en un campo intelectual que los dota de un aura sacralizada porque comparten las mismas reglas de enunciación que las leyes constitucionales.³

A tal punto esto fue así, que aún en 1890, a casi medio siglo del descomunal éxito de *El Carreño*, cuando en un texto de otra índole, aunque alineado en su deseo de resolver los mismos problemas, Jesús Muñoz Tébar (1847-1909) clama por abandonar las costumbres que nos “salvajizan” por otras que susceptibles de “civilizarnos”, en un texto igualmente aparecido en Nueva York y destinado a reflexionar sobre el problema de las repúblicas hispanoamericanas⁴, no sólo estaba demostrando la amplitud y permanencia de las convicciones expuestas por el manual a varias décadas de su aparición, sino que además dejaba de manifiesto un aspecto fundamental: que a cincuenta años de las grandes reformas liberales todavía sus promesas más altas quedaban por ser cumplidas. De otro modo no hubiera podido explicarse que a tanto tiempo de Benito Juárez y toda su épica, o que después de las dos décadas de Antonio Guzmán Blanco y sus reformas, por sólo poner dos casos emblemáticos, aún nos divirtiéramos como “salvajés”. Algo, evidentemente, había salido mal, muy mal.

En el presente trabajo esperamos delinear en qué consistió eso que no funcionaba. No tanto desde el diagnóstico que hombres como Muñoz Tébar produjeron en todos los países de la región, lo que por sí solo diera para una larga monografía, como desde el mecanismo que emplearon para afrontarla: la simulación. Es allí donde radicó gran parte del éxito de *El Carreño*, de la *Gramática* de Bello y, pronto,

del purismo lingüístico, que tendrá en Venezuela algunos de sus representantes más altos, como Julio Calcaño (1840-1918), suerte de gran censor —a veces más bien inquisidor— que sobre el lenguaje tendrá la república a lo largo de todo el último tercio del siglo XIX. Son éxitos que radicarón en su capacidad para exponer, de manera fácil y rápida, rudimentos al menos que al menos permitieran *aparentar* unos valores ciudadanos, modernos, indistintamente de que yendo un poco más abajo del barniz de las buenas maneras, los afeites, el baño diario, los trajes lustrosos y las animadas conversaciones con buena prosodia, ya afloraban muchas de esas costumbres que “salvajizan”, pero que sencillamente no podíamos abandonar.

Por más que Carreño lo haya señalado en 1854, Muñoz Tébar en 1890 o Francisco González Guinán en su también muy exitoso *El consejero de la juventud* en 1878; por más que generaciones de maestros lo repitieran y de que se haya logrado el consenso de que en los sitios públicos se discurriera de acuerdo con la urbanidad, algo había, en el fondo, que imposibilitaba la plena asunción de estos valores. Esto, por un lado, subraya el drama de la conciencia criolla; de ese tipo de “occidental fuera de Occidente” que es el criollo, y que se empeña en reproducir una Europa de la que se siente, en su cabeza y en buena medida en su corazón, parte; pero a la que tampoco puede adscribirse de un todo;⁵ es decir, el problema de base de todo el republicanismo hispanoamericano: el de superar la condición colonial asumiendo la modernidad noratlántica si saber muy bien cómo hacerlo. Pero por el otro lado expresa también una contradicción que agitará continuamente a las repúblicas hispanoamericanas: la superación se hizo hasta donde fue posible, con reformas reales, cuando pudieron hacerse; y aparentándolas, cuando fue imposible realizarlas. No se trata de que todo haya sido fingido; de que, con sinceridad, los que emprendieron el proyecto de asumir las *formas* en compensación por no poder asumir el fondo, no estaban haciendo su mejor esfuerzo; ni siquiera de que no haya habido avances reales en la dirección de los planes trazados. La urbanidad y la gramática tendrán un escenario, un laboratorio para ponerse a prueba: la Caracas que transforma Guzmán Blanco como vitrina de la república que decía estar edificando.

1. Una gramática y unos modales contra el cimarronaje

Tal vez el momento culminante del *proyecto civilizador* de Antonio Guzmán Blanco tuvo lugar en Caracas, el 26 de julio de 1883, a eso de las tres de la tarde. Fue la puesta en escena de todos sus claroscuros. Cuanto pueda decirse de él como el anhelo por disciplinar a la *barbarie* que la elite sintetiza en leyes y en cartillas morales y cívicas hacia la década de 1850; cuánto pueda decirse de la conversión de esos catones en política de Estado por la generación siguiente, hacia 1870; y, también, cuánto pueda decirse de sus alcances reales, de sus dolencias, de todo lo que pueda imputársele de impostura, se manifestó en aquél día.

La república estaba sumergida en los fastos del Centenario del Libertador; su paso era marcial, sus gestos graves, desde la capital hasta los más lejanos poblados todo se acompasa al ritmo de clarines gloriosos; todo eran destellos de oro, de gloria, pero también de mucho, pero mucho oropel. De mucho estuco, de muchísimo yeso imitando las formas solemnes del mármol. Su jefe indiscutible, el Regenerador, el Pacificador, el Ilustre Americano, el Sol de Abril, Antonio Guzmán Blanco, cree llegado el momento de demostrar lo que ha progresado bajo su puño severo y *liberal*; de presentarle al mundo los logros de su Revolución de Abril, esa, según ha señalado una y otra vez, destinada a liquidar lo que de la colonia seguía vivo en nosotros para poner a Venezuela en los rieles —literalmente, porque el día anterior inauguró, entre vallas que decían “Gloria Guzmán Blanco y a Venezuela”, “¡Viva el progreso!”, el ferrocarril entre Caracas y La Guaira— de la modernidad. Es el momento de dejar en claro que su Revolución se empalma con la Gesta Heroica de los Padres de la Patria; que esos puentes, bulevares, vapores, ferrocarriles y minas que fomenta no son sino la consumación del sueño de aquel hombre por cuya memoria la patria es hoy una sola fiesta: Simón Bolívar. Bolivarianos, liberales, progresistas, civilizados, todo es uno, al menos en la propaganda oficial. Todo es la Venezuela que es, y la que queremos ser.⁶

Tal vez por eso pudiera llamar la atención que, en medio de uno de los momentos de más intenso patriotismo y bolivarianismo de los muchos que hemos tenido en una historia especialmente hecha

de ellos, se reservara un espacio central para un evento destinado a afianzar, precisamente, nuestros lazos con España. La inauguración de la Academia Venezolana, hoy llamada Academia Venezolana de la Lengua, correspondiente de la Española, fue realizada con el ceremonial, la solemnidad y la ubicación en el programa de las fiestas de uno de sus puntos fundamentales. No obstante dijimos que *podiera*, porque si reparamos en algunos aspectos asociados a esta Academia y que demuestran su plena integración al proyecto civilizador que es, en el fondo, lo que se celebra con el Centenario del Libertador: se asocia, por ejemplo, al disciplinamiento del habla que es, en gran medida, el del pensamiento; al triunfo de la cultura escrita —de la ciudad letrada— sobre la oral de los *bárbaros*, esfuerzo que desde la fundación de la república se expresó en la composición de gramáticas, redactadas casi con en el mismo ahínco con el que se redactaron las constituciones —no en vano José Luis Ramos prepara una al mismo tiempo y en el mismo lugar en los que Bolívar elabora su proyecto constitucional de Angostura, en 1819— y a las que abocaron sus mejores esfuerzos talentos como el de Andrés Bello o el de Rafael María Baralt; a la necesidad, además, de hacerlo conectándonos lo más posible a Europa, o resaltando lo que de europeos tenemos en nosotros, como corresponde a todo criollo (y a todo acriollado), y que, un poco para el pesar de las elites afrancesadas, estaba en España; a la manifestación, finalmente, de esa disciplina en las sociabilidades, dentro de las que la conversación, la prosodia, el vocabulario, juegan un papel tan importante como los gestos y los vestidos. No en vano la manifestación más clara de este esfuerzo, que con la Academia se vuelve política de Estado, es el *purismo* lingüístico que se empeñan en imponer sus portavoces, Julio Calcaño, su Secretario Perpetuo, por sobre todos.⁷

En efecto, el purismo de Calcaño como manifestación extrema del esfuerzo por generar e imponer gramáticas desde mediados de siglo, responde, palmo a palmo, a los mismos valores de los otros dispositivos con los que se intentó *civilizar* a los venezolanos, como la urbanidad de Carreño, esa cartilla que resumía el programa civilizador. Más que Bello, desde su lejano y reverenciado empuero chileno, por medio siglo será Calcaño el Carreño del habla venezolana. Mientras

El Carreño es un manual que enseña a comportarse como *civilizado*, *El Calcaño* dictamina cómo hablar como tal.⁸ Por eso fundar un organismo del Estado encargado de meter a los muy mal hablantes venezolanos en esa ortopedia; y además hacerlo bajo la tutela del Ilustre Americano, que naturalmente fue electo presidente de la corporación y que a esta guisa ese 26 de julio pronuncia uno de los discursos más polémicos como, según ya es un parecer generalizado entre los especialistas, disparatados de la historia venezolana,⁹ es tan revelador, tiene una significación histórica similar al decreto de 1855 por el que *El Carreño* pasa a ser lectura obligatoria en las escuelas, o al otro, de 1870, por el que la instrucción pública se hace obligatoria y se crea la educación cívica como una de las asignaturas esenciales de los programas de estudio. Es decir, como un eslabón más en el esfuerzo del Estado por insuflar a sus ciudadanos de los valores con que había sido fundado.

Tiene la significación, entonces, por todo lo que implicaba retomar la imposición del castellano, según esperaba Calcaño, de la forma más castiza posible, en Venezuela (cosa que no será el único rescate de la conquista por la elite criolla: entonces también asume la final “civilización” de los indígenas y la reanudación de la implantación colonial, reduciéndolos en pueblos) con todo el apoyo del Estado; pero también la tiene por lo otro, por lo que estaba atrás o al lado de todo esto, es decir: por el corto alcance que revistió este ensayo si, por ejemplo, lo vemos desde la perspectiva de ciento y tantos años después, y nos detenemos, por ejemplo, en la fingida erudición del Ilustre, ahora también Académico, y su desatinado discurso que demostraba cuán hueros en ocasiones podían llegar a ser aquellos sueños y hasta qué punto eran mojígangas. En algún grado puede decirse, si no del todo, sí de mucho de las formas en las que el proyecto civilizador se desarrolló, lo que el investigador Francisco Javier Pérez dice de la pieza: “las ficciones, irrealidades, manipulaciones, engaños, dobles planos y falsedades que el texto refuerza como necesidad de justificación del enunciador”, es decir, del Ilustre.¹⁰

En efecto, el purismo lingüístico es uno de los fenómenos más emblemáticos del pensamiento criollo durante el siglo XIX. En algún

grado, sintetiza sus principales angustias y aspiraciones. En 1897 aparece la obra culminante de Calcaño, *El castellano en Venezuela*. Es prácticamente un manifiesto en contra de lo que llama la lengua de los “palurdos”, en contra de los “barbarismos”, es decir, en contra de la oralidad, de la sensibilidad *bárbara*:

Llamo —dice— especialmente barbarismos las voces mal formadas, las acepciones impropias, y las extranjeras que ó no son necesarias ó no convienen con el carácter del idioma castellano, y no obstante son de uso no sólo entre los palurdos, sino aun entre gente medianamente culta.¹¹

Y pasa de seguidas a presentar un verdadero *syllabus errorum* del habla venezolana. Detengámonos en una sola de las palabras: “No se debe decir, sentencia, *armastrote*, que parece cosa de cimarrones, sino *armatoste*”.¹²

Repátese el dictamen y cuanto pueda decirse del proyecto está en él expresado: se trata de imponer el habla del letrado sobre la del cimarrón; de la ciudad letrada sobre el campo; de la civilización sobre los palurdos. Es lo que se venía persiguiendo desde hacía medio siglo o más. Guzmán, que anda también inaugurando escuelas y promulgando códigos —dispositivos letrados por excelencia— con la inauguración de la Academia no viene sino a institucionalizar el esfuerzo que, al menos desde que en 1819 José Luis Ramos publica su *Gramática castellana*, en 1855 Rafael María Baralt publica su célebre *Diccionario de galicismos* y entre 1858 y 1859, por entregas en *El monitor industrial*, publica Miguel Carmona su “Diccionario Indo-Hispano ó venezolano español”, sin contar, claro, a la obra de Bello; el esfuerzo, como decíamos, que los letrados venezolanos venían desarrollando para combatir a la barbarie en el habla, como puntero de un combate mucho más general, en todos los ámbitos.¹³

Urbanidad y gramática; purismo en las palabras y, porqué no, en los gestos, todo para acabar con lo asociable al cimarronaje: lo montaraz, lo no-blanco, la barbarie, la condición de “berberiscos” de la que expresamente Guzmán Blanco¹⁴ quiso alejarnos; la, en fin, “sensibilidad bárbara”. Todo para alcanzar el anhelo de ser *civilizados*. La imagen idealizada del proyecto puede ser claramente

percibida veinte años antes del libro de Calcaño, cuando, entre 1875 y 1878, Miguel Tejera (1848-1892) publica sendas descripciones de Venezuela en París y en Barcelona. Su objetivo era demostrarle a los europeos hasta qué punto esa república dolorosamente desconocida para el venezolano que llegaba a París, y que cada vez que decía su nacionalidad debía dar una lección de geografía; que Venezuela no era un país africano o asiático, sino una sociedad “civilizada”, donde se hablaba, se vestía, se comía como en Europa; o que al menos estaba bastante cerca de hacerlo. En el segundo tomo que publica en París de su *Venezuela pintoresca e ilustrada* (el primero había visto luz en 1875; lo de Barcelona, de 1878, es tan sólo un resumen del libro incorporado a la muy erudita *Nueva geografía universal* dirigida por los especialistas franceses de la hora¹⁵), en la parte que significativamente titula “Etnología”, Tejera habla en tono más o menos triunfante; habla como un retoño de *El Carreño* que ve a sus formas imponerse y que se apresta para lo que estaba por pasar, como la inauguración de un ferrocarril o, inclusive, de una Academia para que los grandes talentos nos digan cómo hablar y comportarnos. Naturalmente, no se atreve a decir que todos en Venezuela están igual de civilizados. Él rescata a las clases altas y medias de las ciudades de la costa; es decir, a las viejas ciudades letradas. Es algo, para comenzar. Retomando el modelo clásico trizonal de Alejandro de Humboldt y Agustín Codazzi¹⁶, que definió el conocimiento geográfico venezolano hasta los albores del siglo XX, dice:

Los usos y costumbres de una nación son indudablemente el resultado de las influencias que tienen sobre el hombre el clima, las producciones de la naturaleza, la situación geográfica, las leyes, los gobiernos, y las relaciones con los demás habitantes de la tierra.

Así vemos las tres zonas en que naturalmente está dividida Venezuela, pobladas de gentes cuyos usos y costumbres difieren bastante entre sí.¹⁷

Por ejemplo, “en la zona agrícola, el hombre vive al abrigo de suaves climas [...] y más que los otros habitantes del país, puede estar en roce con los extranjeros que vienen a Venezuela”, es decir, está no

sólo en un clima más propicio a la civilización y por la naturaleza de su actividad económica fundamental es de población sedentaria, lo cual era un dato muy atendible en la Venezuela de entonces, sino que además está más cerca de los civilizados, no en vano:

Los hijos de estas regiones gustan de la sociedad; y así, se les ve plantar sus chozas cerca de sus vecinos en lugares convenientes, tanto para atender a sus plantaciones ó estar cerca del lugar de su trabajo, como para presentarse mutuos auxilios en caso de necesidad, y reunirse en los días feriados a bailar y divertirse al compás de sus guitarras y maracas. Se nota en ellos alguna falta de apego al trabajo, cosa que se comprende al considerar la facilidad con que adquieren la subsistencia. Son muy amigos de diversiones, y les encanta la música, que como dice Baralt es 'afición y embeleso del venezolano'. Son crédulos, hospitalarios, valerosos, de clara inteligencia, y muy fáciles de impresionar por la palabra; de suerte que casi todos los trastornos políticos que después de la independencia han azotado a Venezuela, han tenido su base en la región agrícola del país, debido esto sin duda a la influencia ejercida sobre ellos por los hombres que han proclamado en el país doctrinas diversas.¹⁸

No obstante, al menos una de esas doctrinas parece no haber hecho, a juicio del autor, tanto daño: el liberalismo. Eso por lo menos es lícito deducir de este párrafo, que sigue al anterior:

En los centros de población se conservan las costumbres de los antiguos colonizadores, con algunas modificaciones que necesariamente han introducido el constante trato con los extranjeros, y sobre todo el cambio de las instituciones despóticas de la colonia por las sabias leyes que inspira la libertad.¹⁹

Es el proyecto civilizador: la superación, como una y otra vez lo proclama Guzmán Blanco (cuya efigie, por cierto, abre el volumen) del pasado colonial por un régimen de libertades; Tejera sintetiza los argumentos que al respecto se venían esgrimiendo:

Bajo la dominación española era el pueblo absolutamente pobre, fanático, y más que esto ignorante; las altas clases de la sociedad, supersticiosas, llenas de vanidad y sin instrucción alguna: apenas uno que otro virtuoso varón se dedicaba al estudio, y miraba con desdén los títulos y miserias en que ponían todas sus aspiraciones aquellas desdichadas gentes. Hoy, no obstante las sangrientas y desastrosas luchas que ha soportado Venezuela, el pueblo tiene ideas generales de las cosas, aspira a instruirse, y acaso es uno de los menos fanáticos de América.

La alta sociedad no tiene hoy qué envidiar en su cultura a la de los países más adelantados: la finura de sus maneras, la franqueza de su trato y la cumplida caballerosidad y gentileza que presiden a todos sus proceder, hacen de ella el encanto de los extranjeros que la frecuentan y la admiración de los viajeros.²⁰

Y a los ejemplos se remite. Lo que hoy llamaríamos la *sensibilidad civilizada* ha brotado en todos los aspectos de la vida de esa “alta sociedad”; ha brotado en, por ejemplo, la educación de los niños, que, según dice, ha abandonado la crueldad, aspecto esencial de la sensibilidad bárbara:

En tiempo de la Colonia y aún algunos años después, tratábase a los jóvenes con suma dureza y barbaridad en las escuelas, colegios y aún en la casa paterna. Basados los padres y preceptores en aquel funesto adagio, de que *la letra con sangre entra*, castigaban con azotes y con palos las faltas de la juventud, y llegaba esta barbaridad á ejercerse hasta con mozos de veinte y más años. Cuáles fuesen los frutos de semejante tratamiento, no hay para qué decirlo. Pero al fin, la libertad, ‘alma de lo bueno, de lo bello y de lo grande, brilló por fin sobre la patria nuestra;’ y á su benéfica luz han desaparecido aquellos menguados hábitos de la esclavitud.

[...]

Antes amaba el hijo a su padre como a una especie de deidad amenazante, y casi puede decirse que sólo le temía: hoy le

profesa respeto y entrañable amor. Nunca en aquellos días del pasado se hubiera atrevido un joven a manifestar a sus padres los secretos del corazón: había de buscar entre los amigos en quién depositar sus íntimos sentimientos, y a quién pedir consejo en los trances peligrosos en que a veces se empeña la incauta juventud.²¹

Esto nos recuerda a los reclamos que en 1841 hizo uno de los primeros educadores del republicanismo venezolano, Feliciano Montenegro y Colón (1781-1853), no en vano la primera gran autoridad de la urbanidad en Venezuela con sus *Lecciones de buena crianza, moral y mundo, o educación popular* (1841), en contra de la crueldad en la educación y, de forma más general, en los valores de una sociedad altamente violenta salida de los veinte años de guerra de Emancipación, así como en defensa de la muy moderna concepción de la niñez y la juventud como unas etapas específicas y muy importantes en la vida del hombre²².

El texto de Tejera podría haber convencido a sus destinatarios europeos de un triunfo definitivo de esta sensibilidad, por mucho que los palmetazos pervivieran en las escuelas hasta mediados del siglo XX, y los cuerazos en las casas, en rigor, hasta hoy... Pero sobre los alcances de su entusiasmo por los resultados de las reformas liberales, hablaremos después. Veamos brevemente otros aspectos en los que nuestro autor ve el triunfo de la *civilización*. En el matrimonio, por ejemplo, que, en Venezuela, “es obra del mutuo afecto” y no de los intereses, otra conquista típica de la sensibilidad moderna:

...la mujer venezolana escoge al hombre con quien ha de compartir los afanes de la vida, siguiendo solamente los impulsos de su corazón [...] así, pues, en nuestra patria no se ha establecido aún el matrimonio por conveniencia.²³

La mujer, además, es un ejemplo de la madre de familia, la típica cabeza, diríamos hoy, del hogar burgués.²⁴ Afirma Tejera:

...la mujer en Venezuela es un modelo de virtudes privadas. Pura, casta y amorosa, cuida de sus hijos con admirable celo, y nutre sus corazones con los sentimientos delicados que se

albergan en su seno. Amante ciega de su patria, le comunica el amor y el respeto que ella profesa a los fundadores de la República; y en los días aciagos en que el despotismo se adueña del poder y gime la sociedad entera bajo su terrible opresión, les enseña el amor de la libertad y les infunde aquellos sentimientos dignos y decorosos que sólo pueden inspirar el más profundo odio a la tiranía.²⁵

En efecto, la formación de una mujer encargada de transmitir los valores de la república y su civilidad, fue una constante del siglo XIX,²⁶ al punto de que la enseñanza de la Historia Patria fue privilegiada en los colegios para niñas antes que en los de varones, donde tal asignatura no era estudiada con detenimiento hasta el bachillerato.²⁷ Del mismo modo fue muy agudo Tejera al resaltar un rol fundamental de la mujer en la construcción de la nacionalidad y el republicanismo venezolanos en medio de las tempestades del siglo XIX, que no es hasta hace poco que se ha percibido: el de ser un centro de paz y concordia en medio de una sociedad muy violenta, permitiendo que el tejido social no terminara de disolverse.²⁸ Por lo demás, Tejera ve adelantos en las bodas, con una afirmación que en la actualidad dejaría boquiabiertos a los venezolanos: "...el matrimonio no se celebra en el país, entre las gentes cultas, con bailes ni otras diversiones..."²⁹; en las comidas, donde hace una insólita defensa de la tradición³⁰ y no de los nuevos platos que las cocineras *francesas* (acaso martiniqueñas) o ciertos cocineros estaban imponiendo,³¹ un poco al estilo de Guzmán Blanco a quien todo su afrancesamiento y gusto por los grandes platos, algunos con nombres tan significativos como el de los "Pastelitos a la Moderna",³² jamás le impidió añorar en París el sabor de unas buenas caraoatas;³³ y, claro, acaso porque todo comenzó por ahí, por esa corrección tan escrupulosamente dictaminada por Carreño en el vestir donde los venezolanos encontraron un modo si no de ascender y *civilizarse*, de al menos presentarse cómo si lo hubieran hecho:

Los habitantes de la zona agrícola son amigos de vestir bien, relativamente a su posibilidad monetaria. En las principales ciudades, las clases alta y media de la sociedad traen el vestido que les indica la moda parisiense, modificada un tanto por el

gusto de cada localidad y por las necesidades del clima. Mas los obreros visten ligeramente: camisa de listado, calzones de dril ordinario, sombrero de paja o de cogollo de caña y alpargatas —he aquí su traje habitual; para los días feriados o para las fiestas domésticas, tienen siempre un vestido semejante al que usa la clase media, pero de telas inferiores. Sin embargo, en las haciendas del interior y en muchos puntos de la República, hay un número regular de gentes (de las que trabajan los campos) que en todo tiempo usan aquel sencillo traje que hemos descrito, y llevan el pie completamente desnudo.

[...]

Los *llaneros* tienen su traje propio, y su á la verdad original. Una camisa rizada que cubre otra interior, con el cuello abierto, calzón a la media pierna con dos piecitas volantes, por entre las cuales sale un ancho calzoncillo; las faldas de la camisa por de fuera y ajustadas al cinto con una banda, al rededor del cuello un rosario de grandes cuentas de oro; desnudo el pie, cubierta la cabeza con un pañuelo de color, anudado de manera que sus puntas queden flotantes sobre la espalda, y luego un sombrero de anchas alas ya de paja, paño o castor. Tal es el vestido del *llanero*, verdaderamente adecuado a las fatigas y trabajos en que pasa la vida, en medio de las dilatadas pampas y bajo un sol abrasador.³⁴

En el párrafo, demostrando la modernidad de quienes se visten a la parisiense, Tejera también nos delinea los contornos y los alcances de lo que ese vestir manifestaba en cuanto expresión de una sociabilidad y una sensibilidad modernas: véase cómo en la medida en la que nos alejamos de la “alta sociedad” de las ciudades —insistamos: esas ciudades letradas, criollas— cada vez las prendas son menos usuales. Las clases medias se visten con ellas, pero con imitaciones de menor calidad; los pobres urbanos, sólo en momentos especiales; los pobres del campo, nunca lo hacen; y los *llaneros*, que en este libro como en casi todos los textos de la época, son vistos como otra etnia, como los *otros* por excelencia para el criollo de las ciudades de la costa y de los Andes, simplemente tienen su propio traje.

Agreguemos a los que llama en otro capítulo “los habitantes de la zona de los bosques”. No lo dice, pero esos, tajantemente, ¡no estaban vestidos, apartando el guayuco que usaban algunas de sus parcialidades! Si colocamos, entonces, a los ropajes de los venezolanos, desde la moda parisiense hasta el guayuco, como estratos que van de norte a sur —desde Caracas hasta el Amazonas— o como los de una pirámide social, desde el pináculo hasta la base, por mucho que acá habríamos de detenernos en los campesinos, porque ni los *llaneros*, en el sentido de Tejera, ni los indios eran la masa pobre y mayoritaria de aquella sociedad (eran, sí, los *otros* en las fronteras³⁵), podemos ver cómo las capas de la modernidad (de la “civilización”) se van diluyendo desde la fachada criolla y marítima, vestida a la europea, hasta el fondo, la “Venezuela profunda”³⁶ y desnuda. Desde la alta sociedad que usa frac —prenda tan apreciada en el decimonono como símbolo de civilización³⁷— y tiene “la finura de sus maneras, la franqueza de su trato y la cumplida caballerosidad y gentileza que presiden a todos sus proceder”, aprendidas en *El Carreño* y *El Calcaño*, hasta el resto de la sociedad que vive con sus propios modos —y, para horror de Calcaño, *modismos*— en el Llano o en “los bosques”. El problema, lo que no dice Tejera, es que a veces las selvas, el llano y nuestros abuelos cimarrones aparecen en los lugares y en los momentos menos pensados. Si en la gramática y en la urbanidad con las que habrían de discurrirse en los salones, aparecían; qué decir en los espacios públicos que estas dos disciplinas se propusieron domeñar.

2. Una urbe para la urbanidad

Esta metáfora de fondo y de fachada es especialmente útil porque permite graficar los resultados reales de eso que tanto entusiasmaba a Tejera. Es decir, una cosa es en las capas altas de Caracas, Valencia y Maracaibo, pero otra en el Llano, ese territorio fronterizo hasta hacía nomás que unas décadas, donde un colectivo de indios libres y cimarrones tenuemente acriollados estaban dando pie a un pueblo que no fue absorbido por el resto de la sociedad venezolana hasta la siguiente centuria. Mucho, por lo tanto, seguía habiendo de ese cimarronaje, no sólo en los llanos sino, y ese es el punto, en

las afrancesadas capitales, cuando veinte años después de Tejera, Calcaño pontificaba que no había que hablar como tales. Es decir, que su purismo, como todos nuestros ropajes modernos, era nomás que eso: el ropaje civilizado y europeo de una nación que no tenía al cimarronismo demasiado atrás. Como seguramente eran aquellos pastelitos *a la moderna*: una masa que envolvía otra cosa.

Aunque pensada para otro tipo de problemas, acá puede calzar la “dicotomía de frente y fondo” planteada por el sociólogo norteamericano Erving Goffman para explicar la dinámica de la vida cotidiana: “Según Goffman, los establecimientos sociales se dividen en dos regiones; una frontal, abierta al escrutinio público, y una cerrada a audiencias y forasteros donde la autenticidad alcanza su clímax y donde la gente actúa ‘normalmente’. [El sociólogo Dean] MacCanell ha reelaborado las categorías de Goffman, convirtiéndolas en seis lugares o estadios, desde lo más público a lo más privado.”³⁸ Regresemos a esos estratos que proponíamos desde la moda parisense hasta el guayuco, desde el frente marítimo hasta la “Venezuela profunda”: ¿no recuerdan un poco a aquellos que van desde lo público hasta la más cruda “normalidad”? ¿No es un poco lo que pasaba con nuestras constituciones y legislaciones, cuando, a contrapelo de sus principios, requería de un “hombre fuerte” para que se pudieran sostener?³⁹ Es algo parecido a lo que, analizando el republicanismo latinoamericano del decimonono, el historiador José Antonio Aguilar ha llamado la “república epidérmica”, frente a la “república densa”.⁴⁰ Y pocas cosas muestran mejor el carácter *epidérmico*, superficial del republicanismo y la modernidad que este asunto de los trajes. Claro, tampoco es que la moda parisina no sea plenamente auténtica para el criollo, cuyo sentido histórico es el de ser un occidental en las afueras de Occidente y nunca ha actuado de forma distinta, o el despropósito de algunos radicales de que lo único auténtico son las blusas de los llaneros, o hasta el guayuco, pero cuando nos encontramos con temporadas de ópera montadas un poco de mentira o con fachadas neogóticas sobre un fondo colonial, la dicotomía adquiere un sentido social más amplio.

Un tipo social nace al respecto, prologándose, ostensiblemente, hasta hoy: *el elegante*, que es un producto de las décadas de 1840 y 1850. Como señala Elías Pino Iturrieta, es la contracara, el contraejemplo de

“cómo viene dando frutos la urbanidad, aunque seguramente distintos a los que hubiesen deseado Quintero, Montenegro y Carreño”, según el historiador Elías Pino Iturrieta.⁴¹ En un artículo aparecido en *La Esperanza* de Caracas, el 1º de diciembre de 1857, bajo el título de “Costumbres. El Elegante” se hace una descripción feroz del personaje:

Mientras más extendemos nuestra [sic] análisis más caprichoso parece el elegante, y tanta variedad se nota entre ellos, que su definición raya en lo imposible. Sin embargo, es con frecuencia de porte grave y acompasada marcha, aunque la edad sea la de la movilidad y expedición [...] Nada podemos decir de su vestido, si no que un muñeco de sastre apenas podría darnos una idea de lo que en uno mismo y en un mismo día varía el vestido, como que, fiel al adagio que dice ‘el hábito hace al monje’, es el vestido la cosa de que más cuida el elegante, destinando siempre a ese importante ramo de su profesión la parte más preciosa de los fulgores del ardiente Febo...⁴²

Petimetre que tendrá larga descendencia en otras generaciones y modas, *patiquín* como venezolanismo común para definirlo en el siglo XIX y aún en uso, aunque ya algo restringido,⁴³ tendrá sus subtipos con el *vitoco*⁴⁴ o el *cucarachón*⁴⁵ de inicios del siglo XX. En todo momento reflejan algo más que vanidad. Son vivos ejemplos del deseo de aparentarse como exponentes de una civilización superior, de no parecer —o incluso de ocultar— ese origen que tan gráficamente Calcaño llamó cimarrón. Un testimonio de Pedro Manuel Arcaya, de 1917, nos describe hasta qué extremo este ardid de la indumentaria fue —y sigue siendo— fundamental en el esfuerzo *trepador* de las personas que recién salidas de la ruralidad —¿del cimarronaje?— intentaban hacerse un lugar en la sociedad, como la Victoria Guanipa, heroína de *La trepadora* (1925), de Rómulo Gallegos. Nos dice Arcaya:

Fácil ha sido siempre salir en Venezuela de la clase proletaria que dejamos descrita, mediante cualquier esfuerzo individual que dé siquiera la exigua notabilidad que para lograrlo basta. ‘*Como viste saco ya no lo reclutan*’, es frase que acaso habréis oído al peón humilde con relación a algún antiguo compañero,

y si en ella os fijasteis os habrá enseñado más que un largo discurso, porque deja ver cuál es la injusticia capital que pesa sobre la *parte infeliz*, con cuál honda resignación la sufre y cuán débil el esfuerzo que basta para penetrar a la otra clase, la de ‘los no reclutables’. *Vestir* saco no es ser doctor, ni bachiller o general; no es ser rico ni aristócrata, es distinguirse, aunque sea muy medianamente.⁴⁶

Tal vez a Arcaya le parecía *medianamente*, pero una distinción en la que estriba ir o no a la guerra, no es poca cosa. Es como para que cualquier padre gaste sus ahorros mandándole a hacer un saco a su hijo, bien que al costo de que en el ínterin se quede como un *elegante* más: con saco, pero sin un real. Pero eso no es todo, el párrafo nos dice mucho más: por mucho que Arcaya, conservador si los ha habido, escribió el texto para demostrar la práctica inexistencia de la lucha de clases en Venezuela, la forma en la que dibuja el drama de la recluta (que no desapareció hasta finales del siglo XX, cuando por fin el ejército termina de hacerse profesional al nivel de la tropa), a la que van unos, los “camisa e’ mochila”, los “pata en el suelo”, y no los que usan sacos, y a lo mejor zapatos y cuellos “alzados” también, refleja claramente una sociedad en la que, al menos, había dos sectores claramente definidos. Lo otro es lo que entonces todos llamaban *democracia*, cuya vigencia en Venezuela no ponían en duda: la posibilidad de ascenso social, aunque ésta fuera solo para poder usar un saco. Tal vez hoy no nos parezca mucho, pero vistas las cosas desde su contexto, era algo. Por sólo usar un saco, ya se entraba en otra esfera. Bastaba aparentar. Es una metáfora de lo que fue todo el proyecto modernizador encarnado en *El Carreño*. Por algo, tan temprano como en 1855, tiempo de los *elegantes*, ya el filósofo Ramón Ramírez diseccionaba el fenómeno en un sentido sociocultural:

El cambio de modas no es otra cosa que la necesidad de *lo infinito* aplicada al culto de los sentidos: mientras más desarrollado está un pueblo, más frecuente es ese cambio, sobre todo en *la civilización de la materia*; y esto podría servirnos para juzgar de la civilización de los chinos que jamás han cambiado, y que sin embargo, fueron presentados

como testimonio contra la juventud del mundo, porque tenían seda como nosotros algodón; y *loza china*, como tenemos nosotros *la almendra que se cuaja en urnas de coral*. Los turcos han empezado a cambiar su invariable traje, en cuanto han empezado a civilizarse. No se crea sin embargo que el cambio de traje, la música, &c., sean *medios*, sino *resultados* de la cultura.⁴⁷

Lo otro, por lo tanto, es la mascarada, el hábito por el monje, la apariencia por lo real. Ya que no se pueden tener los cambios, que se tengan al menos las apariencias. Así las cosas, el proyecto civilizador todo, el guzmancismo en su conjunto, amerita ser revisado desde otra mirada. Detengámonos sólo en uno de sus aspectos más notorios: el de sus reformas urbanas. ¿Hasta qué punto no respondieron a ese espíritu de mascarada? ¿Hasta qué punto esos frisos y fachadas nuevos sobre edificios viejos no son la misma lógica del *elegante*, del decoro como indumentaria? ¿No fueron pensados esos edificios y bulevares precisamente como escenarios para que los *elegantes* de entonces pudieran, valga la redundancia, hacer su puesta en escena de modernidad?

En los testimonios, por supuesto, hay de todo. Encontramos a entusiastas como el de Richard Harding Davis, que llamó a Caracas la “París de Sudamérica”;⁴⁸ o aquello de “la París de un solo piso”, como la vio William Eleroy Curtis,⁴⁹ ambos en la década de 1890, o el “París Tropical” como sesenta años después la describió Mariano Picón-Salas;⁵⁰ pero también hubo otros que le vieron las costuras a toda esa magia moderna. La francesa Jenny de Tellenay, que vivió en la ciudad entre 1878 y 1881, fue una. Relata en sus recuerdos:

Mientras charlábamos en casa de nuestro huésped con algunos habitantes del país, tuvimos la oportunidad de constatar hasta qué punto les gusta los elogios y son sensibles a la crítica, aún más benévola. Se prodigan entre sí el incienso con las dosis más fuertes. Sus periódicos más autorizados no mencionan nunca la población de Caracas sin calificarla de ‘civilizada’, de ‘refinada’ o algún otro adjetivo muy sonoro. Su tono es tal que pasarían en Europa, a pesar de su seriedad, por hojas satíricas untadas de miel. Se comprende pues, cuán difícil es, para

cualquiera persona que haya residido entre los venezolanos y se haya creado relaciones de amistad, el no herir los sentimientos al indicar aquí y allá en este concierto de alabanzas algunas falsas notas.

- ¿Cómo encuentra Ud. a Caracas? —decían unos— ¿No se parece a París?

- ¿Tienen Uds. en Europa —preguntaban otros— parques tan bonitos como la plaza Bolívar?

Casi había miedo de contradecirles.⁵¹

Es una aprehensión que se registra en otros visitantes y, pronto, cuando a finales de siglo el entusiasmo por Guzmán Blanco y sus obras sufra la misma crisis que todo su modelo, también en muchos venezolanos. El testimonio de José Martí, por ejemplo, que vive en Venezuela en 1881 y pronto es expulsado por el *Ilustre* es, por ejemplo, una de las críticas más agudas y meditadas que sobre el “modelo de desarrollo del liberalismo venezolano” se hicieran ya en el siglo XIX, según señala un historiador.⁵² En efecto, si bien para Martí es “Caracas, la capital de la República, la Jerusalén de los sudamericanos, la cuna del continente libre, donde Andrés Bello, un Virgilio, estudió, donde Bolívar, un Júpiter, nació...” y Venezuela “es un país rico más allá de los límites naturales”, con mujeres que “no son criaturas humanas, sino nubes que sonríen”,⁵³ su dibujo de la élite es desolador:

Esos pueblos tienen una cabeza de gigante y un corazón de héroe en un cuerpo de hormiga loca. Habrá que temerles, por la abundancia y el vigor de sus talentos, cuando se hayan desarrollado, aunque se nutren de ideas tan grandiosas, tan sencillas y tan humanas que no habrá motivo de temor: es precisamente porque se han consagrado, confusa y aisladamente, a las grandes ideas del próximo siglo, que no saben cómo vivir el presente [...] Criados como parisienses, se ahogan en su país: no sabrían vivir más que en París. Son plantas exóticas en su propio suelo: lo cual es una desgracia.⁵⁴

Descontemos la relación extremadamente tensa entre el Apóstol y el Ilustre Americano; descontemos su búsqueda para el apoyo de

la independencia cubana —que Guzmán ya había prodigado con el reconocimiento de la república y hasta el envío de una expedición armada en 1873— frustrada por un pleito parroquial, capaz de compulsar la medianía de aquella república (el elogio a Cecilio Acosta, gran enemigo suyo y de su padre, con ocasión de su muerte simplemente no fue tolerado por el *Regenerador*); y de todos modos tenemos una crítica de valía, hecha por un hombre cuyo amor por Venezuela siempre fue insospechable: la impostura, “la desgracia”, de aquella sociedad:

...así es el país: en la naturaleza, una belleza asombrosa, espectáculos que mueven las rodillas a hincarse, y al alma, adorar; en el corazón de las gentes, toda clase de noblezas; en las inteligencias, poderes excepcionales; una falta absoluta de aplicación a las necesidades reales de la vida, entre las clases superiores; en las clases inferiores una inercia penosa que proviene de una falta total de aspiraciones: allí, para la gente pobre, vivir es vivir independiente, trabajar lo suficiente para comprar el *arepa*, el pan de maíz, y amar...⁵⁵

Es el país que está en el fondo, no en la fachada. Como el país, su republicanismo también sufría de raquitismo. Tal vez el poeta colombiano José Asunción Silva fue el que mejor radiografió aquella sociedad en una carta de 1894. Comencemos con su evaluación de la Plaza Bolívar y sus alrededores, es decir, la vitrina de la nueva sociabilidad:

Una plaza-parque, las calles laterales más altas que el centro de ésta, con el piso pavimentado de mosaicos de piedra artificial. En el centro la estatua del Libertador sobre un pedestal de mármol negro, y en las eras árboles coposos cuya verdura oscura refleja el ojo cansado del gris plomo, del gris azulado, del café claro de las construcciones vecinas, mediocres arquitecturas de adobe, ornamentadas de cartón y pintadas al óleo. Un capitolio que ocupa otra manzana: adobe y cartón pasta, pero concluido, no como el nuestro en estado embrionario, con los respectivos jardincitos, verjas de hierro, surtidores etcétera. Ahí me tiene usted el centro. Pueblo los

bajos de las casas altas de botillerías ruidosas, de cafés a la parisiense, de joyerías con el brillo de las piedras sobre lo rojo o lo negro del terciopelo; anime eso con mucho coche, así, así, ellos; suelte dos tranvías o tres por esas calles y estamos...⁵⁶

Estamos —podríamos agregarle nosotros— en los resultados, muy notables, por cierto, habida cuenta de lo que era la ciudad antes de los cambios, de nuestro proyecto civilizador: una ciudad con, al menos, una escenografía (mucho cartón, mucho estuco) remozada, moderna hasta donde le era posible serlo; y ya con algún bullicio de tranvías y coches en el centro. Pero hay más:

Como en todas partes sucede, hay un grupo *cosmópolis* que toma té, se lava con *Pear's soap*, se viste en Londres, lee a Bourget etcétera. Eso, bien visto, no es interesante y lo encuentra usted en toda capital. *Eso* se llama aquí Boulton, Eraso, White, Olavarría, y es lo que estoy frecuentando, con más el cuerpo diplomático [...] Son otras cosas, *las locales*, sabe?... Chiveras, charreteras, *ajos* que fluyen como hemorragia por la boca gruesa; odios furiosos de resto de las luchas pasadas, pretensiones que se exteriorizan en cruces y condecoraciones...!⁵⁷

Una vez más la yuxtaposición entre los Boulton y los que dicen ¡ajo! como interjección preferida. Nuevamente, entre la fachada de la elite y su fondo (porque los de las charreteras no son de la base social...son el fondo de la elite). La descripción del poeta es filosa, acertada y risueña. Un talante más agrio tendrán los observadores nacionales. Con Alberto Soria, personaje central de *Ídolos rotos* (1901), el novelista venezolano Manuel Díaz Rodríguez creó el arquetipo del criollo de clase alta, educado en Europa y muy desencantado con su país,⁵⁸ que define en cuanto clase a esos representantes de la segunda o tercera generación de venezolanos —es decir, de personas ya nacidas y criadas en la república— que para 1892, cuando ambienta su novela, sufren tal desencanto por la distancia entre los valores *civilizados* y su entorno más o menos *bárbaro*, que no hallan otra solución que marcharse a París o que vivir en una burbuja “parisiense” que los aliene de su realidad. Son los “inconformes”, como los llama:

... los que van a vivir durante algunos meses la vida de los bulevares y vuelven siguiendo escrupulosamente la moda, con levita según el último patrón de Londres, con corbata de David, el sombrero de Delion, el bastón cogido a la manera de los elegantes en la avenida del Bois de Boulogne o bajo las Acacias, algunas francesas en los labios y, sobre todo, un continuo echar de menos la superficialidad rica, dorada y boba de la vida parisiense.⁵⁹

Fue un fenómeno tan generalizado, estridente y revelador de problemas de fondo en la vida venezolana, que la literatura del entresiglo lo registra con frecuencia. En su estudio sobre el urbanismo caraqueño durante el período, el investigador Arturo Almandoz Marte da cuenta de cómo en obras contemporáneas como *Don Secundino en París* (1894) de Francisco Tosta García; *Todo un pueblo* (1899), de Miguel Eduardo Pardo; *El hombre de hierro* (1907) de Rufino Blanco Bombona; *El Cabito* (1909) de Pío Gil y otros más, el talante de los “inconformes” aparece una y otra vez: “añorando las metrópolis en las que habían vivido o sobre las que habían leído”, dice un investigador, ¡los personajes de la ‘ciudad del modernismo’ dramatizaron así de diferentes maneras una obsesión urbana que persistiría a lo largo de la Bella Época: la búsqueda de una ciudad que satisficiera sus deseos”. Al final: “la mayoría de los personajes modernistas trató de resolver ese conflicto mediante la huida a Europa”.⁶⁰ En la feroz *Todo un pueblo* (1899) de Miguel Eduardo Pardo, acaso el más severo de nuestros “inconformes”, el maestro del “Club de los odiantes”:

Y éste precisamente era uno de los pecados de los villabravenses: el pecado de calificar con desmesurados epítetos los hombres y las cosas que les pertenecían. Todo los miraban a través de poderosos vidrios de aumento; y así como llamaban con aparatoso lenguaje a las calles más céntricas *bulevares* o *avenidas*, y a las iglesias *basílicas*, y a las polvorientas carreteras *grandes vías*, y a los teatros *coliseos*, y a los tranvías desvencijados carros de *ferrocarril*, y a las casas de cartón pintarrajeadas de blanco *palacios*; así también se daban a la

triste tarea de calificar a sus hombres más o menos ‘ilustres’, de esclarecidos, egregios, beneméritos, bizarros, etc., etc...⁶¹

En fin, Pardo, al que, según parece, Caracas —la “Villabrava” de su novela— le hacía escribir con tanta bilis como con tinta, y que fiel a sus propios ideales, no encontró mejor camino que el autoexilio, fulmina a la ciudad y a sus recientes intentos modernizadores de esta manera:

Desigual, empinada, locamente retorcida sobre la falda de un cerro; rota a trechos por espontáneos borbotones de fronda; pudiendo apenas sostenerse sobre los estribos de sus puentes; caldeada por un irritante y eterno sol de verano; sacudida, a temporadas, por espantosos temblores de tierra; castigada por lluvias torrenciales, por inundaciones inclementes; bullanguera, revolucionaria y engreída, era Villabrava una ciudad original, con puntas y ribetes de pueblo europeo, a pesar de sus calles estrechas y sus casas rechonchas, llenas de flores y de moho. El modernismo le suprimió lo mejor de sus primitivas costumbres, para darle, en cambio, muchos otros usos de esos que la civilización decreta en todas partes.

De aquí que, poseídos de un sagrado, respetabilísimo, orgullo que nadie —que nosotros sepamos— se ha atrevido aún a contrariar, los villabravenses creyeron a pies juntillas que, merced de estos adelantos, su capital podía establecer comparaciones de belleza con las más hermosas del mundo; aunque algunos espíritus incrédulos lo negaban *sotto voce*, como si temieran ser oídos de ciertos periódicos que elogiaban los méritos de la gloriosa población, como los diarios portugueses a Lisboa: *O terror de París*.⁶²

En fin, lo que llama “el *rastacuerismo* incurable” de ciertos villabravenses.⁶³ “En ellos, como por su parte señala Díaz Rodríguez, con el nivel intelectual crecía el desapego al terruño”. Desconsolado, duda en que, algún día, ocurra “el real advenimiento de la república”.⁶⁴ Para Pardo el problema es que simplemente, de forma profunda, sincera, no creíamos en esos ideales:

La enfermedad es moral, material e intelectual; porque el cuerpo humano de Villabrava carece de alimento, el espíritu de alegría y *la conciencia pública de articulaciones*. El mal existe —aunque no lo crean los optimistas voceadores de nuestra civilización— ; existe y ‘toca a las entrañas de la patria, desgarrándolas’. Existe arriba, abajo, en todas partes: en el suelo, en la atmósfera, en la masa de la sangre villabravense. Queremos república modelo y no conocemos bien nuestros deberes ciudadanos; hablamos de progreso y rompemos los urinarios públicos porque nos estorban; alardeamos de civilizados y armamos una bronca en cualquier sitio público por respetable que éste sea; les pedimos circunspección a los cómicos y formamos griterías espantosas en los teatros; pedimos garantías para nuestras creencias y entramos a los templos a impacientar a los demás y a hacerles maldades a las mujeres; organizamos un centro social y lo acabamos a silletazos en la primera discusión que se presenta; exigimos a las señoras que vayan al café como en las grandes ciudades y tenemos que distanciarlas de los hombres porque a lo mejor entran unos guapetones de barrio y las echan del café a tiros de revólver; abrimos las ventanas de un salón de baile donde están nuestras hermanas y nuestras mujeres y fomentamos el desorden del público para solazarnos con sus dicharachos insulsos y sus silbas canallescás; queremos prensa libre y a las primeras de cambio esa prensa se convierte en antro de difamación...⁶⁵

4. A manera de conclusiones

En fin, los caraqueños que vestían a la última moda de París, que se esmeraban en pulir sus modales sometiéndose a las prescripciones de *El Carreño*; que degustaban menús escritos en francés, que iban a la ópera; que se atrevían a tomar té en una sociedad en la que el café es una cultura y un rito; que también toman brandy y empiezan a degustar el ron, que es básicamente una bebida inglesa inventada en Jamaica, en menoscabo de los viejos aguardientes; que hay mañanas en las que,

después de una noche leyendo a Renan, se sienten positivistas; esos retoños del proyecto civilizador no podían estar completos, no podían vivir plenamente sus valores, las sociabilidades que con tanto esfuerzo se habían cincelado, sin un espacio propicio para ello. Necesitaban, en suma, un *decorado* para esos gestos, modos y atavíos que en los momentos iniciales del proyecto llamaban decoro. Un decorado para su *decoro*.⁶⁶ Si no lo encontraban en las burbujas parisienses de sus salones y algunos bulevares, denostaban de su país y se marchaban a Europa. Si no podían hacer ninguna de las dos cosas, simplemente fingían.



“Restaurant del Puente de Hierro sobre el Guayre”. Caracas. Litografía.
Tomado de <http://mipastora.com/fotosantiguas/fotosviejasmenu.htm>

Notas

- ¹ Gabriel Restrepo. *Arqueología de la urbanidad de Carreño. Los oficios de un rastreador y baqueano de la cultura*. Bogotá, Universidad Autónoma de Colombia, s/f, p. 85. Sobre Carreño y su manual, véase: Beatriz González Stephan, “Modernización y disciplinamiento. La formación del ciudadano: del espacio público y privado”, en: González Stephan y otros. *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*. Caracas, Monte Ávila Editores/Equinoccio-USB, 1995, pp. 431-455; Elías Pino Iturrieta: “La urbanidad de Carreño. El corsé de las costumbres en el siglo XIX”, en *La música iberoamericana de salón*. Caracas, Fundación Vicente Emilio Sojo/CONAC, 2000, Tomo I, pp. 1-10; Mirla Alcibíades. *Manuel Antonio Carreño*. Biblioteca Biográfica Venezolana Vol. 12. Caracas, El Nacional/Banco del Caribe, 2005; Irania Malaver, “Estudio soicopragmático del Manual de urbanidad y buenas maneras de Manuel Antonio Carreño”. *Boletín de lingüística* [on line], julio 2005, Vol. 17, No. 24. http://www.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=so798709200500200003&Ing=pt&nrm=iso (consultado julio 2006).
- ² José Pedro Barrán. *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, s/f, 2 tomos.
- ³ Beatriz González Stephan. “El ‘mal decir’ del subalterno: maestros y médicos diagnostican ciudadanías des-compuestas”. *Anales de literatura española comparada*. Vol. 23/Issues 1-2, 1998, p. 157
- ⁴ “Entre las diversiones públicas hay algunas que salvajizan, como la de los toros y la riña de gallos, que necesariamente deben ser prohibidas por las ciudades que anhelan progresar en su civilización; hay otras útiles, y que, por consiguiente, civilizan, como los ejercicios gimnásticos y las carreras de caballos, las cuales deben prohijarse. El teatro es un magnífico resorte para la reforma de las costumbres; pero que puede ser bien o mal empleado. Las exposiciones de bellas artes y los conciertos musicales, son elementos civilizadores: hacen adquirir la costumbre del amor a lo bello y a los encantos sociales. Los jardines y museos de historia natural enseñan a la simple vista y de modo agradable, los grandes principios de la existencia universal, y estimulan vigorosamente la juvenil inteligencia”, en Jesús Muñoz Tébar: “Personalismo y legalismo [1890], Liberales y conservadores. Textos doctrinales”, en *Pensamiento político venezolano*

del siglo XIX, textos para su estudio. Caracas, Presidencia de la República, 1961, Tomo II, Vol. 11 pp. 65-66.

- ⁵ J.M. Briceño Guerrero: *El laberinto de los tres minotauros*. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1997.
- ⁶ Para un seguimiento de estas fechas, véase Rafael Ramón Castellanos. *Caracas 1883. (Centenario del natalicio del Libertador)*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1983, 2 tomos.
- ⁷ Para este tema es ineludible el estudio de Francisco Javier Pérez. *Oídos sordos. Julio Calcaño y la historia del purismo lingüístico en Venezuela*. Caracas, UCAB, 2002.
- ⁸ No obstante, el Carreño también se dedica en parte a este punto, al dictaminar normas para la conversación. Véase: Irania Malaver, *Op. Cit.*
- ⁹ Se trata del célebre “Discurso inaugural de la Academia Venezolana de la Lengua”, que el Ilustre Americano pronuncia aquel día y que generó entonces un ruidoso debate sobre sus supuestos y muy significativos desatinos. Guzmán Blanco disertó sobre el origen del castellano y, en particular, del vascuence como el idioma más antiguo de la Península Ibérica. Demolido por la crítica que le hace entonces José María Rojas, el famoso literato e historiador Marqués de Rojas (1828-1907), que hasta hace poco había sido su más cercano socio y colaborador, pero que para el momento su enemigo más feroz (con el tiempo se reconciliarían), dio pie a una diatriba en la que participó todo el mundo, desde los obispos hasta literatos españoles, y que se prolonga hasta hoy. Ya está aceptado que las ideas del discurso de Guzmán estaban, por decir lo menos, superadas entonces (cfr. Francisco Javier Pérez: “Imaginaciones académicas de un académico imaginario: Guzmán Blanco y el discurso inaugural de la Academia Venezolana de la Lengua”, *Tierra Firme*, 67 (Caracas, julio-septiembre 1999), pp. 475-492. Para una visión más complaciente del texto, véase: Tomás Polanco Alcántara, *Guzmán Blanco*. Caracas, 2da. edición, Ediciones GE, 2002, pp. 309-318).
- ¹⁰ F.J. Pérez: “Imaginaciones académicas...”, p. 478.
- ¹¹ Citado por F.J. Pérez. *Oídos sordos...*, p. 233.
- ¹² *Ibid.*, p. 236.

- ¹³ Dice al respecto una investigadora: “El saber decir constituyó, no sólo porque era consustancial a las narrativas de legitimación del Estado nacional (escribir era una actividad política porque inscribía el caos dentro del orden discursivo), sino porque también se convirtió en un capital simbólico determinante del ascenso social de los nuevos sectores sociales (hablar bien y tener modales corteses era una inversión económica que garantizaba el éxito en los negocios). El lenguaje trabajado cual mercancía, decidía la circulación del sujeto dentro del comercio de las opiniones: cuanto más elocuente y acicalado era (disciplinado y ajustado a las reglas de la retórica) más alto se colocaba el dueño de tan valiosa lengua. Es decir, lengua limpia y podada de ‘irregularidades’ y de palabras vulgares, como también cuerpo deslavado de olores y excrecencias, de gestos contenidos y emociones represadas constituía en su nueva empaadura, el también nuevo valor que adquiriría el individuo, ya no mercadeable por genealogías de sangre, sino por el valor monetario que empezaban a adquirir las formas estéticas...” Beatriz González Stephan: *Op. Cit.*, p. 156.
- ¹⁴ “Mucho hemos ganado en nuestras relaciones exteriores [sic], de modo que ya los representantes extranjeros han perdido el mal humor que ántes les producía el que no me prestase á dejar tratar á Venezuela como un pueblo berberisco” “Carta á Héctor F. Varela”. Caracas, 8 de enero de 1873, *Glorias del Ilustre Americano, Rejenerador i Pacificador de Venezuela, Jeneral Guzmán Blanco*. Caracas, Imprenta de El Demócrata, 1875, p. 174.
- ¹⁵ Miguel Tejera: “Libro octavo. Repúblicas colombianas”, en: Vivien de Saint-Martin y otros. *Nueva geografía universal*. Barcelona, Montaner y Simón Editores, 1878, pp. 805-838, Tomo segundo. Durante el siglo XIX, en casi todos los atlas y geografías europeas, se les llamó “Colombia” a la región de las nuevas repúblicas de Nueva Granada, que no retomó el nombre de Colombia hasta mediados de siglo, Venezuela y Ecuador.
- ¹⁶ Sobre el tema: José Jesús Rojas López. “Una apreciación crítica del modelo trizonal de Humboldt-Codazzi en la geografía de Venezuela”, *Procesos históricos. Revista de historia, arte y ciencias sociales*, Año 6, Nº 12 (Mérida, julio 2007), Universidad de Los Andes. www.saber.ula/procesoshistoricos
- ¹⁷ Miguel Tejera. *Venezuela pintoresca e ilustrada*. París, Librería Española de E. Denné Schmitz, 1877, p. 1. Tomo II.

¹⁸ *Ibid.*, p. 2.

¹⁹ *Ibid.*, p. 3.

²⁰ *Idem.*

²¹ *Ibid.*, p. 5.

²² Según alegaba entonces, los azotes, “aunque los moralistas de más nota lo designan como necesario para hacer obedientes a los niños” no hacen, alega, mayor cosa “porque la desobediencia se vence con obediencia: esto es, repitiendo actos de pronta exigencia, y no cediendo a las mortificaciones prescriptivas para los embusteros”, a los cuales, señala, como a los deshonestos, sí se les debe azotar, pero, véase bien: no “como pena de dolor, sino como pena que avergüence al niño por su inmoralidad; y de manera que los compañeros la consideren como merecida de su bajeza; pero sin exceder de cuatro ó seis indicaciones, conversadas como vulgarmente se dice; á solas y por mano del que ejerce la autoridad paterna; sin despojar al culpado de sus ropas; y terminando el acto con el aparato de presentarlo á los demás educandos, haciéndolos saber que es indigno de alternar con ellos, y en cuyo caso no conviene, expresar, ni recordar el motivo”, Montenegro y Colón. *Lecciones de buena crianza, moral y mundo, o educación popular*. Caracas, Imprenta de Francisco de Paula Núñez, 1841 p. 179.

²³ Tejera: *Op. cit.*, p. 12

²⁴ “El hogar era la quintaesencia del mundo burgués, pues en él y sólo en él podían olvidarse o eliminarse artificialmente los problemas y contradicciones de su sociedad. Aquí, y sólo aquí, la burguesía e incluso la familia pequeñoburguesa podía mantener la ilusión de una armoniosa y jerárquica felicidad, rodeada de objetos materiales que la demostraban y hacían posible; la vida soñada que encontraba su expresión culminante en el ritual doméstico, desarrollado sistemáticamente, con este fin, de las celebraciones navideñas. La cena de Navidad (descrita por Dickens), el árbol de Navidad (inventado en Alemania, pero aclimatado rápidamente en Inglaterra gracias al patronazgo real), las canciones de Navidad —mejor conocidas a través de la *Stille Nacht* alemana— simbolizaban, al mismo tiempo, la frialdad del mundo exterior y la calidez del círculo familiar interior, así como el contraste existente entre ambos”. Eric Hobsbawm. *La era del capital, 1848-1875*. Buenos Aires, Crítica, 1998, pp. 239-240.

²⁵ *Ibid.*, pp. 13-14.

- ²⁶ Véase: Tomás Straka: “Tan libres como hermosas. La mujer, lo privado y la educación moral en un libro de 1825”, *Montalbán*, 37, (Caracas, junio 2004), pp. 39-58; y Mirla Alcibíades. *La heroica aventura de construir una república. Familia-nación en el ochocientos venezolano (1830-1865)*. Caracas, Monte Ávila Editores/Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 2004.
- ²⁷ Nikita Harwich Vallenilla. “La génesis de un imaginario colectivo: la enseñanza de la historia de Venezuela en el siglo XIX”. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 282, (Caracas, abril-junio 1988), pp. 349-387.
- ²⁸ Mirla Alcibíades: “Familia y nación en la Venezuela republicana: 1830-1865”, *Actualidades*, No. 8, Caracas, 1998, pp. 11-33.
- ²⁹ Tejera: *Op. Cit.*, p. 19.
- ³⁰ “Las comidas son por lo regular sanas y alimenticias; generalmente se hacen tres al día. Al levantarse se toma café puro o con leche y pan y mantequilla o queso; el almuerzo se compone comúnmente de tres platos: el salcocho, especie de olla podrida española que se hace con papas, plátanos, apio, ñame, yuca y otras verduras, y carne de la parte huesosa de la res; la carne frita, que con plátanos fritos es un plato nacional como el anterior, y legumbres; además, se toma queso y café puro o cacao. La comida comprende por lo general una sopa, bien de fideos, arroz, pan de trigo, cazabe, cambures, etc., carne asada ó guisada, ó pescado en salsa, judías, alverjas ó caraotas; luego postres, y enseguida café [...] en la noche muchas personas acostumbran cenar, pero esto se observa sólo en Caracas y en las principales ciudades; esta cena se compone de una taza de chocolate o café con leche y pan y queso ó mantequilla./El pan que usa la mayoría es de maíz [...] hay otro pan usado entre el pueblo, hecho de yuca, que se llama cazabe...” Tejera: *Op. Cit.*, pp. 24-25.
- ³¹ La historiadora Carmen Michelena ha señalado que el de cocinero era de los pocos oficios en los que a los homosexuales se les toleraba dentro de la “alta sociedad”. Para nuestros fines, el dato es relevante porque demuestra la consolidación de un oficio y de un arte, con todo lo que eso implica para las sociabilidades de un colectivo. Véase Carmen Michelena: “Algunos aspectos de la Caracas licenciosa en la transición hacia el siglo XX”, *Tierra Firme*, 79, (Caracas, julio-septiembre 2002), p. 316.

- ³² En el baile del 9 de agosto de 1883, ofrecido por el Geral. Guzmán Blanco en la Casa Amarilla dentro del marco de las fiestas del Centenario, el menú fue el siguiente:

“Sándwiches variados.

Consomé frío y caliente.

Pastelitos a la “Moderna”

Langostas a la “Tártara”

Pargos a la “Mayonnaise”

“Chaux-froids” de perdices a la cazadora.

Pasteles a la “Strasbourgeoise”

Galantinas de aves a la “Geleé”

Jamones de “York”

Pavos trufados

Roastbeef a la “Inglesa”

Ensaladas varias

HELADOS A LA NAPOLITANA

Gofres

Pastelerías surtidas

Postres

VINOS –CHAMPAGNE “FRAPPE”

(*La Opinión Nacional*. Caracas, 10 de agosto de 1883, citado por Rafael Ramón Castellanos. *Caracas 1883 (Centenario del natalicio del Libertador)*. Caracas, ANH, 1983, pp. 247-248, Tomo I.

- ³³ Así al menos lo satirizaban sus enemigos. Véase: Arturo Almandoz Marte. *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*. Caracas, Equinoccio-Universidad Simón Bolívar/Fundarte, 1997.

- ³⁴ Tejera: *Op. Cit.*, pp. 25-27.

- ³⁵ No en vano Guzmán Blanco adelantó una de las políticas más activas, desde el final de la colonia, por incorporar a esos “otros” a la occidentalidad criolla, tanto para garantizar un mejor control de las áreas fronterizas, como para unificar y civilizar a la nación. Desde expediciones militares a la Guajira hasta la abolición, en 1882, de la condición de “indios” de

aquellos que no vivieran en la frontera y la transformación de sus tierras en propiedad privada, estuvieron en sus medidas. Véase: *Fuero Indígena Venezolano*, Parte II, Caracas, Ministerio de Justicia, 1954.

- ³⁶ Pedro Cunill Grau. *Geografía del poblamiento venezolano del siglo XIX*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1987, pp. 2.095 y ss. Tomo III.
- ³⁷ Dice nada menos que Domingo Faustino Sarmiento: "...toda civilización se expresa en trajes, y cada traje indica un sistema de ideas entero. ¿Por qué usamos hoy la barba entera? Por los estudios que se han hecho en estos tiempos sobre la Edad Media, la dirección impresa a la literatura romántica se refleja en la moda. ¿Por qué varía ésta todos los días? Por la libertad de pensamiento; esclavizadlo y tendría vestido invariable; así en Asia, donde el hombre vive bajo gobiernos como de Rosas, lleva desde los tiempos de Abraham vestido talar. Aún hay más: cada civilización ha tenido su traje, y cada cambio de ideas, cada revolución en las instituciones, un cambio en el vestir. Un traje la civilización romana, otro la Edad Media; el frac no principia en Europa sino después del renacimiento de las ciencias; la moda no la impone el mundo sino la nación más civilizada; de frac visten todos los pueblos, y cuando el Sultán de Turquía, Abdul Medjil, quiere introducir la civilización europea en sus Estados, depone el turbante, el caftán y las bombachas, para vestir frac, pantalón y corbata". Páginas atrás, para demostrar hasta dónde se estaba "barbarizándose" Argentina, se lamenta de que "en San Luis hace diez años que sólo hay un sacerdote y que no hay escuela ni persona que lleve frac". D.F. Sarmiento. *Facundo, Civilización y barbarie* [1845], Colección Austral No. 1.058. Buenos Aires, 1963, pp. 98 y 50.
- ³⁸ Lorenzo González Casas. *Urbanismo y patrimonio. La conservación de los centros históricos*. Caracas, MINFRA/CONAVI, 2002, p. 171. Premio Nacional de Investigación en Vivienda 2001
- ³⁹ Diego Bautista Urbaneja. "Caudillismo y pluralismo en el siglo XIX venezolano", *Politeia*, Nº 4. Caracas, Instituto de Estudios Políticos/ Universidad Central de Venezuela, 1975, pp. 133-150, e "Introducción histórica al sistema político venezolano", *Politeia*, Nº 7. Caracas, Instituto de Estudios Políticos/Universidad Central de Venezuela, 1978, pp. 11-59; Elías Pino Iturrieta. *Nada sino un hombre. Los orígenes del personalismo en Venezuela*. Caracas, Editorial Alfa, 2007; y Domingo Irwin e Ingrid Micett. *Caudillos, militares y poder. Una historia del pretorianismo en*

Venezuela. Caracas, Universidad Pedagógica Experimental Libertador/ Universidad Católica Andrés Bello, 2008.

- ⁴⁰ José Antonio Aguilar. “Dos conceptos de república”, en José Antonio Aguilar y Rafael Rojas (Coord.). *El republicanismo en Hispanoamérica*. México, FCE/CIDE, 2002, pp. 72 y ss.
- ⁴¹ Elías Pino Iturrieta. *País archipiélago. Venezuela, 1830-1858*. Caracas, Fundación Bigott, 2001, pp. 136-137.
- ⁴² Citado por *Ibid.*, p. 137.
- ⁴³ “Patiquín, informa Ángel Rosenblat, nos parece diminutivo de patico [...] De María, dulce nombre de mujer, a través del diminutivo Marica (‘Hermana Marica’, en un hermoso romance de Góngora), surgió el oprobioso derivado de -ón. De manera análoga —es nuestra opinión—, sobre pato, a través del diminutivo patico, se formó en Venezuela un derivado en -ín (patiquín) para aludir al afeminado en la apariencia externa, en el vestir o en los modales. Hay que tener en cuenta que para el rústico todo refinamiento, y aun cualquier manifestación de cultura, es signo de afeminamiento [...] patiquín ha podido evolucionar hasta el punto de acercarse a petimetre o galán. Pato, patico, patiquín, con sus valores afines, constituyen una familia léxica, desde luego poco honorable.” Ángel Rosenblat. *Buenas y malas palabras*, Madrid, Editorial Edime, 1982, pp. 206-207. T. I.
- ⁴⁴ Vitoque viene de la contracción del nombre de Vito Modesto Franklin, un personaje popular en la Caracas de 1920 que se hacía llamar el Duque de Rocanegras, en parte por la extravagancia de sus trajes y por sus presunciones de elegancia y atractivo físico. Según Ángel Rosenblat la palabra es también un cruce lingüístico con pitoco, que en gran parte del país significaba lindo o bien arreglado (“las muchachitas de ahora/no saben pelar un coco/pero sí saben decir:/ahí viene mi pitoco” dice el polo coriano). Cuando alguien era muy presumido se decía, como en el merengue, “más vitoqueado que un pavo real”. Ángel Rosenblat: *Buenas y malas palabras*. Madrid, Editorial Edime, 1982, pp. 186-189. T. I. Para una emotiva semblanza del “Duque” véase: Aquiles Nazoa. *Caracas física y espiritual*. Caracas, Editorial Panapo, 1987, pp. 155-168. 3ª edición.
- ⁴⁵ “Por los años veinticinco existió en Caracas una especie de personaje a quien generalizando, se denominó cucarachón [...] se los podía agrupar

en varias clases. Había el cucarachón social, bien vestido, con trajes impecables y a la última moda, sombrero flamante y vistoso calzado: de charol, de dos tonos; de modelos varios. En el rostro la expresión entre vanidosa y satisfecha. Acicalados y pulcros llevaban el cabello estudiadamente peinado.” Graciela Shael Martínez. *Estampas caraqueñas*. Caracas, Concejo Municipal del Distrito Federal, 1975, p. 71.

- ⁴⁶ Pedro Manuel Arcaya. “Federación y democracia en Venezuela” (1917), “La doctrina positivista.” en *Pensamiento político venezolano del siglo XIX*, Vol. 13, Caracas, Congreso de la República, 1983, p. 529. Tomo I.
- ⁴⁷ Ramírez. *El cristianismo y la libertad* [1855]. Caracas, Monte Ávila Editores, 1992, p. 90.
- ⁴⁸ Almandoz Marte: *Op. Cit.*, p. 161.
- ⁴⁹ William Eleroy Curtis. *Venezuela: país de eterno verano* [1896]. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República Bolivariana de Venezuela, 2000, p. 183.
- ⁵⁰ Mariano Picón-Salas. *Los días de Cipriano Castro* [1953]. Caracas, 1er. Festival del Libro Popular Venezolano, s/f, pp. 54 y ss.
- ⁵¹ Jenny de Tellenay. *Recuerdos de Venezuela* [1884]. Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, Caracas, 1954, pp. 84-85.
- ⁵² Salvador Morales. *Martí en Venezuela. Bolívar en Martí*. Caracas, Ediciones Centauro, 1985, pp. 83 y ss.
- ⁵³ Martí. “Un viaje a Venezuela”, en *Op. Cit.*, pp. 230-231 y 236.
- ⁵⁴ *Ibid.*, p. 227.
- ⁵⁵ *Ibid.*, pp. 231, 233, 238-239.
- ⁵⁶ José A. Silva. “Caracas en la correspondencia de José Asunción Silva. Caracas, 7 de octubre de 1894” en *Crónica de Caracas*, N° 10, (abril-junio 1952), p. 382.
- ⁵⁷ *Ibid.*, pp. 383-384.
- ⁵⁸ Como lo destaca Arturo Almandoz Marte en su ineludible *Urbanismo europeo...*, pp. 160 y ss.
- ⁵⁹ Manuel Díaz Rodríguez. *Ídolos rotos*, [1901], Caracas/Barcelona, Ediciones Nueva Segovia, s/f, p. 58.
- ⁶⁰ Almandoz Marte. *Op. Cit.*, p. 167.

- ⁶¹ Miguel Eduardo Pardo. *Todo un pueblo* [1899]. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1998, p. 103.
- ⁶² *Ibid.*, p. 89.
- ⁶³ *Ibid.*, p. 236.
- ⁶⁴ Díaz Rodríguez. *Op. Cit.*, p. 309.
- ⁶⁵ Pardo. *Op. Cit.*, p. 118.
- ⁶⁶ Dice en 1841 Montenegro y Colón: “La decencia y el decoro, son propiedades que se asemejan mucho; pero en considerándolas detenidamente, su diferencia es bastante palpable, aunque guardando tanta analogía entre sí, que parece se confunden, como resultado de las buenas costumbres, ó de las buenas maneras con que se hacen distinguir, así los que procuran observar las leyes inmutables de la decencia, ó de la honestidad y la modestia, en satisfacción propia y para obtener fama; como aquellos que jamás se olvidan de las reglas que prescribe el decoro, ó de la circunspección, respeto y cortesía, con que deben tratar a sus semejantes, según el sexo, condición y estado de cada uno, y siguiendo en cada país los usos, que ni reprueba la sociedad; ni desdican de la buena crianza”. *Lecciones de buena crianza, moral y mundo, o educación popular*. Caracas, Imprenta de Francisco de Paula Núñez, 1841, pp. 43-44.



Lecheros. Caracas siglo XIX.

Tomado de <http://mipastora.com/fotosantiguas/fotosviejasmenu.htm>